

UNA FAMILIA DE ULTRAMAR



E van a perdonar ustedes si escribo en singular y no en plural como es uso o costumbre. No puedo hacerlo así, porque trato de narrar recuerdos familiares y tengo que ponerles al tanto de las circunstancias para que crean en lo que escribo.

Mi madre nació en Santiago de Cuba en 1878, y mi padre en San Juan de Puerto Rico en 1874, y aunque soy vieja, no es para tanto, ya que fui la última de once hermanos y por edad estoy más cerca de los nietos de mis padres que de mis hermanos.

Cuando la televisión no había destruido las sobremesas familiares, mis padres nos contaban anécdotas de la patria chica que no se resignaron a perder, aunque su amor a la grande era superior a todo.

Ahora que el año 1898 está de actualidad, vienen a mi memoria todas las descripciones de la infancia de mis padres: las casas, la comida, la fruta, y todo lo que ellos, junto con mi abuela, añoraban.

Las casas las describían iguales a las andaluzas, salvo una diferencia, que aquéllas tenían un patio trasero con dependencias para la gente de color, que, naturalmente, era el servicio de la casa. Tenían también un patio central al que daban las habitaciones, el salón quedaba aislado del resto de la casa.

A mi madre, cuando nació, su padrino le regaló una negrita que se llamaba Yarimiqué y, cuando dieron la libertad a los esclavos, Yarimiqué le dijo a mi abuela: «¡Para qué la quiero, niña Lola! ¿Para irme a la calle a pedir limosna?».

Cuando manumitieron a los esclavos, mi familia, que tenía dos ingenios de azúcar (con nombres tan cursis y almiarados, como es lógico, como «La Abundancia» y «La Fortuna»), se arruinó. No daban ni para pagar jornales por muy miserables que éstos fueran.

Siempre que veo la facilidad con que ahora compramos aguacates en España, me acuerdo de lo feliz que hubiese sido mi abuela, que consideraba que era lo que más echaba de menos en materia gastronómica. Escucho su voz diciendo: «Acá no se puede hacer ajíaco porque faltan las viandas». En mi niñez pensaba que me hablaba en francés y por eso no la entendía.

En una ocasión, mi abuela mandó a mi padre hacer una visita a su amiga que vivía en Santiago de Cuba; mi padre llevó con él a dos guardia marinas compañeros. Un negro los pasó al salón y les dijo: «La señora va a tardar unos minutos en bajar». Entonces ellos, sin hablar, en un acuerdo tácito, cambiaron

todos los muebles de sitio, y cuando la señora entró en el salón les dijo: «Siéntense», señalando hacia el piano. Su cara fue de asombro total, y mi padre y sus compañeros pagaron su penitencia aguantando la risa. Presumo que el pobre negro se llevaría la culpa.

Mi bisabuela llegó a Ferrol en diciembre y se trajo a una negrita llamada «Loreto». Le dijo: «Loreto, ve al refino de la esquina, y pregúntale al montañés a qué hora termina el aguacero», y volvió la negrita horrorizada: «Que dice el montañés que acaba en mayo».

Teníamos nosotros una tía tatarabuela que se llamaba Alta Gracia, Alta en la familia; su historia de amor me la hacía repetir una y mil veces. En la adolescencia me parecía una novela.

En La Habana había un teatro donde se celebraban bailes de gala, y allí fue mi tía Alta con un vestido color fuego y un aderezo de turquesas, y allí fue también donde se enamoró del que en mi familia llamaban «El Birria». Pero lo que es el amor, ella no escuchaba nada de lo que le decían; que era un hombre gris, que jugaba muy mal al tresillo, que en su carrera no se había distinguido en nada..., pero todo esto a ella, más que entrarle por un oído y salirle por el otro (con lo que se corre el peligro de que algo quede dentro) le rodeaba la cabeza y se iba por el otro lado. Cuando le preguntaban a Alta por qué le gustaba «El Birria», de figura enteca y raquítica, ella contestaba: «Lo que me gusta en él es ese aire de niño desamparado que me da ternura»; y esto debía pasarle a muchas, porque en realidad «El Birria» tenía mucho éxito entre las mocitas.

Pero aunque lo que escribo sea una perogrullada, cada uno tiene su alma en su armario, y mira por dónde a «El Birria» le pasó exactamente lo contrario que a Alta, le pareció demasiado para él. Tan guapa, tan simpática, tan inteligente, no lo podía resistir, y no se casó hasta que encontró otra raquítica con la que en realidad hacía mejor pareja.

Me da pena esa figura, porque se metió en una familia de los odiados insurrectos, amén de gente de baja estofa. Yo le preguntaba a mi abuela: «¿Y Alta, qué?», pero nunca me contestó. Me gustaría imaginar cómo fue su vida, pero quedó en el misterio, o quizá mi abuela no lo supo, porque esta historia sucedió cuando ella era niña. En fin, que yo he decidido inventar la segunda parte, que es lo que yo imagino, y no deja de ser verosímil. Alta se casó con un hombre alto, guapo, de familia muy distinguida, y católica a ultranza. Fue muy feliz, dejó una familia muy numerosa y muy hermosa, tuvo cuatro varones y siete preciosas chicas, dejó 46 nietos y 14 biznietos.

En una ocasión vio a «El Birria» en una catedral y no le conoció y, sin embargo, no le había olvidado pues le conservó en su memoria donde nadie envejece, donde aún no ha hecho mella la tristeza de la vejez, y yo pienso por mi cuenta que es un privilegio guardar un recuerdo que no pueda ser afectado por el tiempo.



El puerto y la ciudad de La Habana.

Pero mi familia es tan numerosa que es fácil encontrar quien desvele los secretos. Mi tía se reía de mi interés por saber unas historias tan viejas, y me contó que Alta le dijo un día a su novio que llevaba mucho tiempo embarcado sin verla: «¿Me quieres?», y el dijo: «¡No!», a lo que ella respondió: «Entonces no hay más que hablar», y lo borró de su vida y de su pensamiento.

Lo que voy a decir ahora no deja de tener su gracia. Según mi tía, Alta tenía dos enamorados, compañeros de «El Birria», ambos con el mismo nombre, Luis, y ambos estuvieron insistiendo hasta la víspera de casarse mí tía.

Lo que sí me dijo mi abuela es que Alta era tan católica, apostólica y romana que tuvo once hijos (no sé los que tendrían la pareja raquítica), y tiene gracia que «El Birria», que creía que su mujer era rica, se equivocó, porque Alta recibió numerosas herencias y dejó a sus descendientes un verdadero museo.

Esta tía tenía un título nobiliario, pero como todos sus descendientes eran oficiales de Marina, ninguno, después de la pérdida colonial, tuvo dinero para pagar los derechos reales, y a los de ahora no nos interesa, porque precisamente son dos baronías que no nos inspiran gran simpatía.

¿Cómo era el marido de Alta, tía? Listo porque no era tonto, bueno porque no era malo, y Alta, ¿qué decía?, se sentaba en la mecedora en la veranda con el pay-pay y decía: «Jesús, cuánta paciencia hace falta para soportar la vida, pero, mientras tanto, tráiganme unos tamales y un juguito de mango».

Mi familia vivió intensamente la amenaza de un cisma en La Habana. Resulta que S. M. Católica doña Isabel II envió un obispo a las colonias y el Vaticano envió otro.

Los católicos cubanos estaban sumidos en una gran angustia, pero S. M. influida por su confesor, San Antonio María Claret, retiró el suyo y las aguas volvieron a su cauce.

Un tío sacerdote y padrino de mi abuela estaba detenido en la nunciatura y mis tías le mandaban las noticias escritas en un papel de fumar y metidas en un tubito de medicina homeopática. Este tubito se lo colocaban al negro que les servía de criado en el interior del labio inferior.

La correspondencia entre este sacerdote y San Antonio María Claret la donó mi familia para el proceso de beatificación del padre Claret, aunque dos cartas se conservan todavía en la familia.

Cuando en México fusilaron a Maximiliano, el barco que llevaba a la emperatriz Carlota de vuelta a Italia hizo escala en La Habana, y alojaron a la princesa en casa de mi bisabuela porque consideraron que era la más adecuada. También tuvo de huésped al general Martínez Campos, el de la paz del Zanjón.

La triste historia contemporánea no tenía secretos para nosotros, y llorábamos cuando mi abuela nos contaba la heroicidad y el sacrificio de los marinos de la escuadra de Cervera, que aceptaron, con un sentido excelso de amor a la patria, el tremendo sacrificio.

Mi abuela tenía dos hermanos, Juan y Manuel, tenientes de Infantería y ambos murieron en la manigua defendiendo a España en la llamada guerra «chiquita».

Cuando todo llegó a su fin las dos familias se vinieron a la metrópoli.

Mi padre estaba en Filipinas y tomó parte en el combate de Cavite a bordo del *Don Juan de Austria*, que por supuesto hundieron.

Decía él que en el barco iba un sacerdote de Lugo que no pensaba más que en ahorrar para hacerse una casa a la vuelta. Mi padre decía que este cura le conmovió hasta el extremo de no olvidarlo en su vida. Una granada le seccionó las dos piernas y él no se ocupaba más que de dar la absolución a la dotación que quedaba, sin pensar para nada en sí mismo y sin atender a nada más que a su sagrado ministerio. Desde entonces mi padre decía con mucho gracejo: «Creo en el Espíritu Santo y en la Santa Iglesia Católica». Y de esto dio fe toda su vida, que acabó en paz a los noventa años, en plena lucidez, y con su hijo mayor almirante, el segundo contralmirante, el tercero auditor de este departamento, y el cuarto y más joven alférez de navío que fue asesinado en el crucero *Libertad* (qué ironía) a los veinticuatro años.

Penas y alegrías jalonaron la historia de esta familia. Nadie sabe lo que aquellas cubanas, como hoy las de Miami, sufrieron para dejar su isla, para adaptarse al clima y a las costumbres, para vivir en la sordidez que acompañó la pérdida colonial. Decía mi abuela: «Ganivet se suicidó porque estaba loco, porque si fuera por la derrota nos suicidaríamos todos».

Conservo en mi casa unos jarrones de Imarí restaurados que trajeron de Filipinas en un cajón de aserrín, sin más embalaje, ya que no tenían ni idea, ni

medios de transporte. De una vajilla de la Compañía de Indias sobreviven cuatro piezas.

Veo ahora a mis hijos con qué facilidad llevan la casa a cuestas como los caracoles. ¡Viene el capitoné!, y en mi casa a una figura de *Capo di Monti* le falta media mano, etc.

Sin embargo, diré que había mucho más lujo que ahora en el siglo XIX. Los retratos de familia tienen unos vestidos bordados y unos sombreros con plumas de avestruz o aves del paraíso que, nunca mejor dicho, quitan la cabeza. También es verdad que las diferencias sociales eran abismales.

En una ocasión fue un negrito a pedir limosna a casa de mi abuela, que preguntó: «¿Es muchachito o muchachita?», a lo que contestó mi tía Anita: «No sé, porque está desnudo»; aclaremos que mi tía Anita tenía cinco años.

Cuando mi abuela cubana y mi abuela paterna, ambas casadas con marinos peninsulares, llegaron a Ferrol, mi abuelo materno era teniente coronel médico del Hospital de Marina, y el paterno, jefe de Estado Mayor. En esa época, por cierto, al contralmirante se le denominaba capitán de navío de primera.

El almirante Núñez Zuloaga, mi abuelo, estuvo destinado en Puerto Rico, donde se casó y donde nacieron sus tres hijos mayores: el almirante José Núñez Quijano, el contralmirante Francisco Núñez Quijano, y el vicealmirante Indalecio Núñez Quijano, mi padre. Éstos tuvieron doce hijos, de los cuales algunos fueron del Cuerpo General de la Armada, otros fueron de Ejército, y otros de la Marina mercante, pero la mayoría, como ahora los nietos y algún biznieto, siguen sirviendo a España en la Armada, y los que no lo han hecho es porque han tenido algún problema de salud (como el ser miope) que se lo ha impedido.

La guerra «incivil» española causó muchos muertos en nuestra familia, pero corramos un tupido velo sobre los temas trágicos y desagradables.

Cuando terminó la guerra estábamos en Sóller, pues mi cuñado Pedro Fernández Martín mandaba la Base de Submarinos y resultó que a toda la familia nos embarcaron en el crucero *Canarias* hasta Cádiz —¡qué ilusión nos hizo!— y después hasta Ferrol vinimos en el *Cíclope*, un guardacostas que mandaba Alvear, conde de la Cortina, y que se movía como un molinillo, especialmente cuando doblamos Estaca de Bares. Alvear se pasmaba de que no nos mareásemos y decía: «Se ve que en vez de sangre tenéis agua de mar», la dotación estaba toda mareada.

En este Ferrol continuó mi vida, pero cuando era pequeña creía que la casa de mi abuela era la isla de Cuba.

Después de vivir aquí ochenta años, mi tía Anita decía: «Muchacha, no me acostumbro a este país, ¡venga acá, Cristiana!, ¿cuánto cuesta ahora un pasaje para La Habana?», y a sus noventa años le contestábamos: «cien duros», y ella decía: «¡Qué barbaridad!».

Las negras eran muy supersticiosas y creían que ciertas amigas ejercían una influencia demoniaca en sus vidas, pero la inteligencia natural les hacía

saber huir de las amistades peligrosas. Los métodos eran divertidísimos, como poner en la casa ciertas plantas que, decían ellas, espantaban a la maldad.

Si aquí en Europa hubiese esas plantas, quedaría desierta, dada la dureza que se vive en el mundo actual, muy superior a todas las épocas de la historia, pero también es verdad que con los medios de comunicación actuales nos enteramos de todo lo que pasa en el mundo, y ya se sabe, ojos que no ven...

Lo cierto es que la Humanidad vive siempre aterrada desde que los turcos inventaron el cañón, que era para aquéllos lo que hoy es para nosotros la bomba atómica.

Me rio cuando veo ahora la campaña anti-tabaco. Mi bisabuela fumaba puros y murió a los noventa y cinco años, decían de fiebres reumáticas. ¡Ojalá sea el tabaco el responsable de esa enfermedad que tanto nos aflige! pues, descubierta la causa, fácil será encontrar el remedio, aunque si fuese cierto, Fidel Castro no tendría ni ciudadanos para encarcelar.

La familia es una cadena *ad vincula*. Los jóvenes tenéis la labor de contrates para que no se dispersen los eslabones. Mientras más unida, la cadena será más fuerte y llevará el ancla que nos ata a la tierra con más facilidad. Como viven los míos en mi recuerdo, viviremos nosotros en los de ellos, y mientras nos recuerden, no morimos del todo.

Espero de mi familia que me quiera como yo a ellos; los desengaños matan pero hay que echar cuentas y han sido menos que las muestras de cariño.

María de la Caridad DEL COBRE (Cachita)

